

XXXIV.- SUSANA RECIBE LA NOTICIA

Poco antes de las once Francesco había llamado a la puerta de la galería. No era normal que acudiera sin llamar antes puesto que, desde que se hiciera con una parte de la sociedad, sabía que Guillermo y el profesor toleraban bien poco su presencia. Susana estaba segura de que, de no haber estado enamorada de él, a ella tampoco le hubiera resultado fácil. Sin embargo también estaba segura de que si sus compañeros hubieran podido entender el fantástico negocio que les proporcionaba la entrada de Francesco en el accionariado no hubieran mostrado tantas reticencias e incluso habrían agradecido contar con su respaldo.

Francesco traía aquel gesto hosco tan característico suyo cuyo significado, sin embargo, Susana había aprendido a traducir como preocupación.

- Hemos de hablar, querida –dijo en cuanto hubo cerrado la puerta del despacho-. Ha sucedido algo terrible
- ¿Qué pasa?, es el profesor ¿verdad?, ¿qué ha sucedido?
- No sé cómo explicarlo –dijo él acariciándola con suavidad-. El profesor... se suicidó anoche.
- ¡Oh, Dios mío!

Al instante ella reconoció el sabor amargo de la congoja ascendiendo por su garganta, y sin embargo sabía que, de alguna manera, la muerte del profesor entraba dentro de lo posible, aunque no esperaba que fuera él mismo quien pusiera fin a su propia vida. De manera inconsciente, pero con una certeza absoluta, supo que la versión que Francesco se disponía a contarle no sería del todo cierta.

- Desde que empezó todo esto hemos estado vigilándole –prosiguió Francesco-, porque temíamos que destruyera los cuadernillos.

Anoche, cuando Enzo se preparaba para ir a verle, uno de sus hombres le vio saltar por la ventana.

- ¿Así, sin más?
- Así. Sin más. Nada se podía hacer por él, pero Enzo tuvo la suficiente sangre fría como para entrar en su casa y rescatar los cuadernillos. Afortunadamente no la había cerrado con llave y pudieron abrir la puerta con facilidad.
- ¿Dejó alguna nota? –en el fondo de su ser Susana esperaba que alguna de las respuestas acabara por certificarle que la historia, increíble, que Francesco le estaba contando, era cierta.
- Nada en absoluto, pero los cuadernillos estaban dentro de un sobre, encima de la mesa. Si los dejó allí para que los encontrara la policía es algo que nunca sabremos, pero lo cierto es que, de no haber actuado Enzo con rapidez nos habríamos quedado sin nada. Era un viejo interesante, el profesor; un tanto excéntrico y testarudo, pero me caía bien a pesar de todo.

Susana miraba directamente a los ojos de su amante. No podía evitar pensar que Francesco, a través de sus hombres, había tenido algo que ver con aquella muerte, pero necesitaba pensar, por el amor que le profesaba, que lo que acababa de escuchar respondía en grandes líneas a la verdad. Sin embargo lo que más le sorprendía de esta situación era que, a excepción del sobresalto inicial, no podía encontrar en sí misma ningún rastro de aflicción. Debería de haber sentido pena, consternación o algo similar por quien había sido socio suyo y con quien había compartido éxitos y sinsabores desde la creación de la galería, pero cuanto más buscaba en su interior alguna señal de dolor más se escandalizaba de sí misma ante el vacío que encontraba en su catálogo de emociones.

- Eres una mujer admirablemente fuerte –dijo Francesco besando su mano con dulzura-. Ahora estoy seguro de que si alguien puede continuar el trabajo del profesor ésa eres tú.

La visión de Guillermo bajando por las escaleras, con gesto malhumorado y haciendo aspavientos con las manos interrumpió la escena:

- ¿Es que nadie oye la puerta?. ¿Acaso tengo que bajar yo desde el taller cada vez que llamen?

Susana salió del despacho siguiendo a Guillermo. Era inusual que llamaran a aquellas horas puesto que nadie había concertado visita pero, de tratarse de unos clientes, resultaría enormemente desaconsejable que Guillermo, inhábil en el trato humano y cuya existencia además había sido

hasta entonces casi un secreto de la galería, les recibiera. El restaurador, sin embargo, ya había alcanzado la puerta y se encontraba ante dos hombres.

- ¿Guillermo Expósito? –preguntó mecánicamente uno de ellos alargándole una libreta-. Un certificado. Firme aquí, por favor.
- ¿Y usted qué quiere? –preguntó al otro mientras tomaba del empleado de correos un gran sobre-, ¿me trae otro certificado?
- No, señor –dijo éste mostrando algo que parecía una placa-. Soy el inspector Antonio García, de la policía, quisiera hablar con usted y con la señora Elorrieta. ¿Me permite pasar?

Francesco y ella se encontraban ya a la altura de la puerta, por lo que pudieron escuchar esta última frase, ante la cual Susana se adelantó, cada vez más sorprendida de sí misma.

- Pase, por favor, en mi despacho podremos hablar cómodamente.

El inspector era un hombre más bien achaparrado, de aspecto canoso y pelo descuidado, que respiraba fatigosamente. Sus ojos, demasiado juntos, pequeños y cansinos, no dejaban de moverse recorriéndoles, especialmente a Francesco.

- El señor Scarampa es también socio de la galería y un buen amigo, puede usted hablar con confianza.
- En ese caso es mejor que también usted esté presente, señor Escampa. ¿Me permiten fumar?
- Le agradecería que no lo hiciera. Aquí tenemos antigüedades muy valiosas y el humo del tabaco también las perjudica a ellas.
- ¡Que lástima!. Sin embargo yo soy de la opinión de que el buen tabaco, un buen puro, por ejemplo, puede llegar incluso a ser beneficioso para la salud. ¿No opina usted así, señor Escampa?
- Scarampa –corrigió éste-. No lo sé. Nunca he tenido el vicio del tabaco y no puedo pronunciarlo.
- El único que fuma es el profesor –intervino Guillermo- y nunca lo hace en la galería. Se lo tenemos estrictamente prohibido.
- ¿Ha venido usted a hablar de tabaco, señor...? –Susana se dio cuenta de que había saltado inmediatamente al oír hablar del profesor-.
- García, Antonio García. Y no. Lamentablemente he venido a algo mucho más triste: la noche pasada el profesor Eduardo Serva cayó por una ventana de su domicilio, probablemente en un acto de suicidio. No tenía parientes conocidos, pero ustedes son sus socios, sus personas más allegadas, por lo que es probable que quieran reclamar el cadáver.

El momento había llegado. Guillermo había quedado exageradamente conmocionado al instante, sujetando el sobre certificado y sus rodillas con sus manos y ahora sólo alcanzaba a balbucear sílabas ininteligibles al tiempo que su cabeza había comenzado a oscilar en un gesto de incredulidad. Los ojos del inspector escrutaban sus reacciones y Susana supo que las suyas deberían ser acordes al impacto de la noticia que supuestamente conocía por vez primera. Con asombro para sí misma bastó un mínimo esfuerzo para que algo, como un resorte atascado, saltara en su interior y las lágrimas comenzaran a fluir de sus ojos.

- ¡Es terrible! –intervino Francesco tras un silencio prudencial-. Es una pérdida terrible. Yo apenas le conocía pero... ¿Dejó alguna nota explicando el porqué?
- No. No dejó ninguna nota. Y por lo que respecta al porqué, sinceramente esperaba que ustedes me pudieran decir algo. ¿Estaba el profesor deprimido o especialmente preocupado últimamente?
- No. Al menos que yo sepa. ¿Notasteis vosotros algo?
Guillermo y Susana menearon la cabeza, negativamente.
- En cualquier caso, al tratarse de una muerte violenta, se ha abierto una investigación... algo rutinario, ya saben, pero si apareciera alguna carta o nota manuscrita de su amigo, o recordaran algo que pudiera esclarecer el motivo de su muerte y nos permitiera cerrar el expediente les agradecería que me lo hicieran saber –el inspector les alargó unas tarjetas donde figuraba su nombre y los teléfonos de la comisaría-. Llámenme a este número, ellos me pasarán el aviso.
- ¿Lleva usted personalmente la investigación? –preguntó el italiano-
- Digamos que estoy colaborando con homicidios para esclarecer los hechos. Espero que comprenda que no pueda ser más explícito.
- Por supuesto.
- No me lo puedo creer – a Susana, cuyo cerebro parecía funcionar con una rapidez fuera de lo normal se le había ocurrido, de pronto, que aquello podría ser utilizado en beneficio del negocio, dado que con los cuadernillos en su poder el cuadro de Guillermo había perdido importancia-. El profesor ha trabajado con tanta ilusión en el cuadro perdido de Utrillo que ahora... No. No tiene sentido. En breve tendríamos las pruebas de la autenticidad de la obra... Habría sido su gran éxito... ¡Definitivamente, no tiene sentido!

A pesar de la posición en que se encontraba respecto a Guillermo, que lo dejaba casi fuera de su ángulo visual, Susana aún pudo apreciar, sin

mirar directamente, que algo había sacado al restaurador de su ensimismamiento durante una fracción de segundo, y durante ese tiempo el corazón se le encogió al pensar que podía quedar al descubierto.

- Los suicidios no suelen tenerlo, señora. Les acompañe en el sentimiento –el inspector García se comenzó a incorporar del sillón donde estaba sentado-, pero la vida sigue y yo debo irme. ¿Reclamarán ustedes el cadáver?
- Por supuesto. Todos los socios tenemos un seguro que cubre este tipo de cosas... uno de esos cementerios privados, ya sabe. Ahora mismo les llamaré. ¿Dónde está el profesor ahora?
- Mañana por la mañana, en cuanto hayan concluido las pruebas forenses, lo trasladarán al tanatorio municipal. Seguramente su aseguradora se hará cargo de todos los trámites a partir de ahí. Buenos días.

Francesco acompañó al inspector hasta la puerta. El silencio que reinaba en el despacho permitió a Susana escuchar su despedida.

- Tal vez ahora sí se encienda ese puro. Un buen coñac y un cigarro son buenos para calmar los nervios en estos casos.
- Ya le he dicho que no fumo
- Una lástima, una verdadera lástima.

Absorta como estaba en sus pensamientos casi ni se dio cuenta que Guillermo salía del despacho y emprendía, cabizbajo y silencioso, el camino de vuelta a su taller. Ahora que había fingido de forma tan convincente el dolor estaba segura de que éste debía de encontrarse en algún lugar de su interior y no obstante no podía evitar la sensación de haberse conducido como una hipócrita. Ahora, sin embargo, Francesco se acercaba y no podía ocupar su mente en eso.